

¿Por qué me hice sacerdote?

Padre Jesús Emilio Osorno Gil

¿Cómo nace la inquietud de ser sacerdote en usted?

Nace desde muy lejos. Desde el amor primero de mi Madre, su oración permanente, su visión un tanto universalista, ajena a todo egoísmo, apasionada por los pobres. También el trabajo duro de mi Padre. Con estos ejemplos se fue trazando en mi interior una vocación de servicio, de entrega por los demás. Lo aprendí en el hogar. Tal vez sin mucha claridad al principio, pero siempre en perspectiva de realización.

Siendo muy niño, tal vez cinco o seis años de edad, pasó por mi casa en el campo, el que sería después mi Padre Fundador, Miguel Ángel Builes, el obispo diocesano y uno de los más grandes abanderados de la causa misionera en América Latina. Eran montañas que se cruzaban sólo a lomo de caballo. En mi casa se hacía el encuentro al Señor Obispo. Cuando llegó, recorrió toda la casa y entró a la cocina en donde estaba mi Madre. Éramos cuatro hijos en la familia. Yo era el mayor. El Señor Obispo nos mandó llamar y preguntó a mi Madre, ¿Cuál de éstos me das para mi Seminario de Misiones? Mi Madre sin dudar me señaló a mí. Puede ser algo simple, pero eso me quedó marcado para siempre.

¿Cómo describiría su vida sacerdotal?

Tengo más de cuarenta años de sacerdocio. Quiere decir esto que mi vida de seminario se realizó en tiempos pre/conciliares. Mis estudios de teología coinciden con la realización del Concilio y mi ordenación sacerdotal es como una primicia del Concilio. Un “antes”, un “en” y un “después” que han marcado profundamente mi sacerdocio. Me considero sin jactancia ninguna, fruto maduro del concilio. Devoré con ansiedad loca todo lo que salía del Concilio:

Periodistas, teólogos, intervenciones de los Padres Conciliares, tendencias, Constituciones, Decretos, Declaraciones, el gran discurso de inauguración del buen Papa Juan XXIII y el discurso de clausura de Pablo VI. Lo viví intensamente. Después vinieron frustraciones y esperas que todavía no se plenifican.

Mi primera misión fue en la Costa Pacífica colombiana entre Afro-americanos/as e indígenas de la etnia “Noanamás”. Fue mi primer choque cultural. Era un encuentro con lo diferente y plural, algo inédito en mi vida hasta ese momento. Más tarde me encontraría con los/as afro-caribeños/as. Después fui enviado al Ecuador en donde estuve catorce años. Luego entré a un período que llamaría de recepción, como en sala de espera. Fueron años en la dirección de mi Instituto y en alguna secretaría del CELAM. Pero mi sueño era volver a la base. Estar en y con los/as pobres. Ahora lo puedo realizar plenamente en Bolivia.

Tres elementos han marcado mi sacerdocio: La gratuidad, la alegría y el servicio. Me considero un favorecido, un regalado de Dios. Todo es don para mí. Eso me hace estallar de alegría. Y me lleva a un servicio permanente a mi pueblo que es apenas una respuesta en lejanía al amor de Dios para conmigo. Vivo en intensidad este amor privilegiado.

¿Cuáles han sido los retos más simbólicos que ha enfrentado como sacerdote?

Los resumo en dos palabras: Despojo y encuentro. ¡Me ha tocado despojarme de tantas cosas! De mi ideología primera fruto de la formación que me hizo conservador hasta los tuétanos. De seguridades y comodidades. De opciones y compromisos. De visiones miopes. De maniqueísmos a ultranza. De respetos infundados. De temores inveterados, de costumbres y ritualismos, de dependencias acumuladas... todo este proceso me ha ido llevando como una

catarsis, a una limpieza y purificación total. Como a un remansar en el alma, la interioridad y la paz que te dicen de madurez, de armonía. Esto no quita la lucha. La pondera, la releva. Lo único es que me capacita para las batallas diarias, mi opción radical por Jesucristo y sus privilegiados/as: Los/as pobres.

El encuentro primero ha sido con los/as pobres. A pesar de mi origen humilde, campechano, en mi familia nunca sufrimos hambre. No lo teníamos todo, pero había lo suficiente. Lo mismo pasó en el Seminario. Con mi sacerdocio se me abre una tribuna, un espacio de encuentros con los empobrecidos/as del Continente. Más tarde visitaré África y Asia y ahí se me desplomó todo rezago o tinte de oropelas, arribismos o acomodados siniestros.

En silencio y discernimientos frecuentes he ido macerando mi Proyecto de vida personal. Creo que aquí está la fuente más viva, cálida y acuciante de mi vivencia sacerdotal, de mi opción misionera en el Instituto de Misiones de Yarumal (IMEY) al cual pertenezco, y mi compromiso, jamás denegado, de vivir entre los/as pobres, con los/as pobres aprendiendo de Ellos/as, como mis maestros y maestras más connotados/as. A Pablo lo tumbó el caballo una vez. A mí dos. La primera en mi encuentro con el mundo africano. La segunda, más grave, casi de infarto, con el mundo asiático. ¡Qué poco sabemos en América Latina de estos mundos allende el mar! Cuando terminaba estudios en Londres, creí que mis Superiores me enviarían al África y me enviaron a la selva amazónica del Perú. Hubo un pequeño revés en mi obediencia, pero acepté gustoso. También fue una hermosa experiencia.

¿Qué experiencias como sacerdote le han dejado más impactado?

Indudablemente mis catorce años en Ecuador. Llegué a la Parroquia de Sayausí,

ocho kilómetros al occidente de Cuenca, apenas en mis veintisiete años de edad. Un mundo literalmente nuevo me esperaba al que tendría que ganar en un proceso lento de descubrimiento y asimilación permanentes. Allí fue mi bautismo sacerdotal en fuego y sal como lo insinúa Marcos (Mc 9, 49). Entré a ese pueblo con los pies descalzos, vacío de mí mismo, sin prejuicios, llegando a su alma, haciéndome parte de su vida y ganándoles el corazón. Todo mi legado pastoral, espiritual y teológico anterior, se derrumba y comienza en mí una nueva andadura por senderos inéditos. Un proceso de inserción que dio a mi vida una dimensión profundamente transformante y transformadora. Se dio en mí no sólo un cambio de mentalidad, sino, como lo propone Pablo VI, “una mentalidad de cambio” que me rehízo totalmente. Si puedo hablar de conversión en mi sacerdocio, aquí está su origen. Y ésta, ya será irreversible.

Mi estada en Bolivia me ha hecho descubrir los vacíos de humanidad que todavía persistían en mi pobre ser. Rezagos de vanidad, de notoriedad, de aplausos furtivos, de atenciones clasistas. Me explico. Recibo una parroquia en la zona sur-este de la ciudad de Cochabamba. Zona marginal en extremo. Soy el primer cura en esta parroquia. Todo es nuevo y por hacer. Se trata de migrantes, gentes sin tierra que aprovechan cualquier espacio para invasiones. Gentes sin ningún referente religioso cristiano. El cura acá es otro más. Mejor, un desconocido, tal vez, ignorado, si no rechazado. Y yo enseñado a sacar pecho con mi rol de cura. Aquí no valgo nada. ¡Soy don nadie! Más aún, la pobreza me exige que tenga que cocinar, atender mi cuarto, mercar, lavar, hacer el piso. De esto no tenía antecedentes. Otro aprendizaje más. Una experiencia nueva. Otra vez inédita. Y vivir con menos que nada como decía José de Maistre. Una nueva escuela pero en la misma línea de la anterior.

¿Cuál considera que es la tarea más difícil para un sacerdote?

Vivir el HOY de la historia sin perder su identidad. Es decir, ser contemporáneo del presente para poder avizorar como profeta el futuro. Las Iglesias hacen esfuerzos denodados por responder a preguntas que el Pueblo ya no hace, ni le importa. Sus respuestas están desusadas, trasnochadas, anticuadas. Pareciera que nuestras Iglesias vivieran en una cápsula espacial. Saben muy poco del polvo de los caminos y del dolor del pueblo. Las excepciones confirman este criterio.

La formación sacerdotal sigue descontextualizada, arribista e involucionista. Casi en contravía de la historia. No logra establecer la síntesis entre teología, pastoral y espiritualidad. Hay muchos/as teólogos/as sin praxis pastoral, muchos/as pastoralistas sin espiritualidad, y, lo peor, una espiritualidad desencarnada, etérea, ritualista. Ni la teología, ni la pastoral, ni la espiritualidad responden a las últimas preguntas que plantea hoy el ser humano en desconcierto total.

El sacerdote hoy tiene que vivir un proceso de formación permanente. "Actualizador de sí mismo", como dice A. Maslow. Pero esta actualización no es sólo en la informática. Es, sobre todo, en la teología, en la pastoral, en la espiritualidad. El gran problema es que no podemos realizar nuestra misión desligados de las ciencias humanas, su aporte, sus cuestionamientos sin tregua.

Por último, ser sacerdote hoy, es ser un cultor, servidor, testigo de ESPERANZA. Una esperanza que se irradie desde la alegría profunda de vivir el sacerdocio como un testimonio de humanidad nueva. Una esperanza que sea alternativa a las cansinas propuestas de los sistemas políticos, económicos, hoy, en bancarrota. Por ahí

andan mis visiones y mis sueños. También mi pasión.

Por: María Velázquez Dorantes /
mvdorantes@yahoo.com.mx